



1<sup>er</sup> Concurso de Relatos Cortos

# entre líneas

Biblioteca  
del Campus de Fuenlabrada

2011



Universidad  
Rey Juan Carlos

---

I CONCURSO DE RELATOS CORTOS

---

# ENTRE LÍNEAS

---

BIBLIOTECA DEL CAMPUS DE FUENLABRADA



Universidad Rey Juan Carlos

© Belén Puebla, 2012

Coordinadoras de la obra:  
Belén Puebla Martínez  
y Elena Carrillo Pascual

Edición: María Zoila Díaz-Maroto

En colaboración con la Biblioteca  
del Campus de Fuenlabrada  
de la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Reservados todos los derechos.

**premios.relatocorto@urjc.es**

Impresión:  
Jacaryan, S. A.  
Avda. Pedro Díez, 3 - 28019 Madrid

ISBN: 978-84-694-7361-0  
Depósito Legal: M-3573-2012

Impreso en España – Printed in Spain

## INDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
PRÓLOGO 'EL OFICIO DEL ESCRITOR' POR INMA CHACÓN .....	7
PRIMER PREMIO 'KAZATWAYIYI' DE ANTONIO COSTA ROCHA .....	11
SEGUNDO PREMIO 'ELLA Y ÉL' DE CRISTINA POLO VÁZQUEZ.....	17
TERCER PREMIO 'LA ROPA QUE DEJASTE SIN DOBLAR' DE REBECA MARTÍNEZ FERNÁNDEZ .....	23
ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL I CONCURSO DE RELATOS CORTOS 'ENTRE LÍNEAS' .....	30

## INTRODUCCIÓN

«Si quieres que sucedan cosas diferentes,  
deja de hacer siempre lo mismo».

**Sonia Fernández Vidal**

**N**os complace presentaros esta obra, que ha nacido gracias al esfuerzo e ilusión de muchas personas, un opúsculo que recoge los relatos ganadores de la Primera Edición del Concurso de Relatos Cortos *Entre Líneas*, que convocamos el pasado mes de septiembre de 2011 en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

Esta idea se fraguó hace ya algunos años entre las paredes de la Biblioteca del Campus de Fuenlabrada, pero no fue hasta hace unos meses cuando surgió la posibilidad de convertir este sueño en realidad. Así, gracias al apoyo de la Biblioteca, y con el propósito de dar una oportunidad a todos aquellos compañeros de la comunidad universitaria que, como nosotras, tenían inquietudes literarias, pudimos poner en marcha esta iniciativa. Nuestro objetivo no era otro que el de fomentar el placer por la lectura y la escritura de una forma amena y iqué mejor forma de hacerlo que animándoos a todos a escribir un relato!

Este concurso ha permitido a los cien participantes de la presente edición dar rienda suelta a su imaginación. Por eso, desde la organización, queremos darles nuestro más sincero agradecimiento por habernos hecho un regalo tan especial, su creatividad, y sobre todo, por haberla compartido con todos nosotros.

*Entre líneas* no hubiese sido posible sin la ayuda y colaboración de la Facultad de Comunicación, los Departamentos de Comunicación I, Comunicación II y Ciencias Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos, así como la librería OMM Campus Libros y las bodegas pertenecientes a la D. O. Uclés. Tampoco podemos olvidar al jurado que ha participado en la selección de los relatos ganadores, a Pedro Pérez Cuadrado, por su gestión en el diseño y producción de la obra, a Ana Buelta, por su

ayuda en la organización del concurso, y a Inma Chacón por regalarnos unas preciadadas líneas en este libro.

También nos gustaría agradecer a los profesores su colaboración en la difusión del concurso entre sus alumnos y compañeros, al personal de Administración y Servicios que tanto ha contribuido a su divulgación, y a las auxiliares de los diferentes edificios, que se han esforzado por colocar, mantener y cuidar los carteles del concurso en los diferentes campus de la Universidad Rey Juan Carlos.

Gracias a todos, sin vosotros no hubiéramos hecho posible este sueño.

Os esperamos en la próxima edición.

**Belén Puebla y Elena Carrillo**

# El oficio de escritor

POR INMA CHACÓN

**L**A literatura es la capacidad de proyectar la singularidad de una emoción en la universalidad de todas las emociones. El amor, la ira, la lealtad, el miedo, la compasión, la vergüenza, la paciencia, la envidia, la solidaridad... Sentimientos que nos hacen iguales y diferentes, y que el escritor interpreta desde la particularidad de su mirada, para transformarlos en emociones que nos atañen a todos.

La literatura es un mundo donde se vive por una necesidad imperiosa, en el que, consciente o inconscientemente, cada uno se busca a sí mismo a través de sus textos. Escribir es una excusa. Es mirar de otra manera. Construir mundos nuevos, en los que también nos construimos a nosotros mismos.

Desde que Lorca dijo «escribo para que me quieran», numerosos autores han ofrecido las mismas o parecidas razones para dedicarse a este oficio, «para que me quieran más», «para que me quieran mis amigos», «para que me quieran todos».

Pero el que dice que escribe para que le quieran, está expresando su necesidad de que sea así. Y esa necesidad está relacionada con un deseo de autoafirmación que demuestra que quien demanda esos afectos no sólo los necesita, sino que quiere merecerlos.

Dice José Luis Sampedro que no hay barreras entre la vida y la obra del escritor: «Una de las razones que me mueve a escribir es la de descubrirme a mí mismo, para descubrir a otros y para encontrarnos todos, para vivir más».

Y así es, el escritor escribe para vivir más. No para contar una historia, sino para transmitir emociones y compartirlas. La historia es lo de menos. Lo que hace el escritor es interpretarla, sumergirse en ella y vivir.

Decía Flaubert que escribir es la única forma de soportar la existencia, «entregarse a la literatura como a una orgía perpetua».

La literatura es una forma de situarse en el mundo, de intentar abarcarlo, de dibujarlo. Dar explicaciones a todo aquello a lo que la razón no llega. Lo dijo Sábato cuando dejó su cátedra de Física para dedicarse a escribir. «La ciencia no puede dar explicaciones. No explica el mundo». Y es que hay cuestiones que sólo pueden resolverse a través de la palabra. Ese camino de ida y vuelta convertido en libro. El vértigo.

Al escribir, los escritores se apropian de historias ajenas, y se las entregan al lector para que él también los construya, los trascienda, y los haga merecedores de su cariño. En definitiva, para vivir. Para comunicarse y trascender. Porque la literatura, además de una razón de ser, es un acto comunicativo en el que se intercambia un mensaje que sólo tendrá sentido cuando el lector lo interprete con su propia mirada.

Sin embargo, a diferencia de lo que pueda parecer, los mensajes de ficción (una novela, un poema, un cuento, una película) tienen que ser «verdaderos», han de nacer del corazón, estar escritos con pasión, sin trampas que enmascaren las deficiencias del relato.

Decía Aristóteles que en la poética –en su clasificación de los géneros, distinguía entre Poesía e Historia– «es preferible lo imposible verosímil, a lo posible increíble». Es decir, en una narración no importa que los hechos sean imposibles, sino que el autor consiga que el lector interiorice la historia de tal manera, que incluso lo imposible se transforme en verosímil. ¿Cómo, si no, podrían escribirse (y tener éxito) las historias de ciencia ficción?

La verosimilitud en una narración sólo se logra cuando se dota al texto de una cierta coherencia. Por un lado, una coherencia interna que le otorgue credibilidad: los textos tienen que salir de dentro, tienen que ser auténticos, en el sentido de verdaderos. El autor ha de comprometerse con sus textos. Para que el lector vibre, el escritor ha tenido que vibrar primero. Además, el autor ha de documentarse sobre el tema que aborda en su narración, interiorizar el mundo donde construye su historia, para poder crear la atmósfera que respiran sus personajes.

Por otro lado, los textos tienen que tener también una coherencia externa (el estilo, la estructura, el punto de vista, los personajes...) que le otorguen unidad: una novela, un cuento, una película, no son un conjunto de escenas que se hilvanan para que parezcan un todo. Una narración no tiene que parecer un todo, tiene que serlo. Para ello, hay que dotarla de «universalidad»: que la anécdota de la que parte sea capaz de trascender el factor personal, prescindible de toda historia, y se convierta en un factor universal, imprescindible y vigente, que trascienda el tiempo y el espacio. Eso fue lo que hicieron Tolstoi y Flaubert con *Anna Karenina* y *Madame Bovary*. Ambas novelas tratan sobre adulterios que proceden de la insatisfacción de sus protagonistas, pero los autores trascienden ese factor anecdótico y universalizan el conflicto a través de dos historias que siguen vigentes desde que se escribieron en el Siglo XIX.

Sólo las historias verosímiles son «auténticas», en el sentido de que el autor las escribe desde el compromiso y desde la verdad. Como decía Tolstoi, «no hay que escribir sino en el momento en que cada vez que mojas la pluma en la tinta, un jirón de tu carne se queda en el tintero».

Cualquier historia es válida para transmitir emociones. Desde un adulterio, como las citadas anteriormente, hasta la vida cotidiana de un pastor que vive solo en un pueblo abandonado, como *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares. Cualquier historia merece la pena ser contada. Pero esto no es suficiente. El escritor, además de tener la historia, tiene que tener la necesidad de contarla.

En *Cartas a un joven poeta*, Rilke le contesta a un escritor que está empezando y le ha pedido opinión sobre sus poemas:

*Adéntrese en sí mismo. Investigue usted el motivo que le impulsa a escribir; averigüe si extiende sus raíces hasta lo más profundo de su corazón, compruebe si se moriría por fuerza si no le fuera permitido escribir. Y sobre todo, esto: pregúntese a sí mismo en la hora más silenciosa de la noche: ¿debo escribir? Excave usted en sí mismo en busca de una respuesta profunda. Y si ésta resulta ser afirmativa, si tiene usted que salir al encuentro de esta seria pregunta con un fuerte y sencillo «debo», entonces, construya usted su vida conforme a esta necesidad.*

Ésa es la motivación del escritor, esa necesidad de comunicarse a través de sus textos. La necesidad de volcarse en el papel, para transmitir emociones y compartirlas con otros. Una obsesión por construir mundos ajenos, donde dar vida a personajes que odian, aman, compadecen y admiran, pero también que huelen y pueden oler, que tienen frío o calor, que paladean un helado de fresa y se embelesan con el brillo de un diamante. Es decir, personajes que sienten y que son. Que se comunican a través de los sentimientos y de los sentidos.

Para poder contar una historia, y situarla correctamente en su marco espacio-temporal, es imprescindible que acudamos a la documentación. Cualquier historia, aunque sea una de ciencia-ficción, se desarrolla en un lugar y en un espacio de tiempo determinado. El autor que quiera dotar de credibilidad a sus textos deberá conocer al detalle el mundo que está construyendo, el mundo donde se moverán sus personajes, el espacio donde se sitúan, la época en la que viven, las costumbres de esa época, la forma de vestir, de hablar, de comportarse, de divertirse. Para poder construir esa atmósfera, deberá conocer el mundo donde se inspira y, a partir de ahí, dejar que vuele la imaginación. Porque narrar una historia no es copiar la realidad, es interpretarla. Es construir algo nuevo a partir de lo que ya sabemos. Eso es crear. Una narración tiene que ser como un buen cuadro, donde el pintor no transmite *lo que ve*, sino *cómo lo ve*.

Pero lo más importante es que, como decía al principio, cualquier historia merece la pena ser contada, sólo hay algo que es imprescindible para que se convierta en literatura: hay que tener la necesidad de escribirla. Porque el oficio de escribir responde a una necesidad imperiosa. Escribir sólo es una excusa para construir mundos nuevos en los que también nos construimos a nosotros mismos. La búsqueda de una identidad. La razón de ser.

La literatura es un mundo donde la realidad y la ficción se buscan y se huyen; se encuentran, se reconocen, se mezclan, se atraen y se repelen. Un mundo sin fronteras, donde los únicos límites que existen los marca uno mismo, lector o escritor, en las páginas donde viven las historias. Una búsqueda que nos conduce a ese lugar donde pueden encontrarse las respuestas que la razón nos niega. Un camino de ida y vuelta. Un encuentro. Un cruce de miradas. Un punto final que espera, paciente, hasta que cada cual termine de recorrer las páginas que otros escribieron. Hasta que cada cual interprete la historia, y la termine, y la complete, con su propia mirada.

# Kazatwayiyi

DE ANTONIO COSTA ROCHA

**D**ÍA de perros. Frío invernal y lluvia tropical; truenos de dioses nórdicos y vientos de diosas africanas; ancianas con reuma, calefacciones rotas, estómagos revueltos, violencia policial, robos a mano armada, satélites de la NASA grabando cómo compramos el pan, hambre ahí abajo, sufrimiento en todos lados, esposas que engañan a sus maridos y maridos que pegan a sus esposas, hay un niño que llora...

Hoy es mi 63er cumpleaños. Mi madre, que en paz descanse, solía decirme que en estas fechas debía estar feliz. Nunca lo entendí; ni siquiera cuando había fiesta, tarta y regalos. Y risas. La verdad, no puedo quejarme: Tengo una casa grande en un barrio tranquilo; un buen fondo de ahorros; salud, salud de la buena... excepto en este hígado viejo y borracho que me juega malas pasadas sin sus tres cápsulas diarias; y alguna que otra medicina más que me pide el alma... pero, en general, estoy bien... las velas pueden ratificarlo. No, no debería quejarme; pero me quejo.

Mi padre me solía decir que no me quejara, que diera gracias por lo que tenía.

Tampoco lo entendí. Supongo que por eso él murió siendo un fracasado y yo vivo siendo una vieja gloria casi olvidada. Tampoco hay tanta diferencia... la casa tal vez...

Miro el calendario. El día de hoy está rodeado en rojo, como si hubiera podido olvidar qué día es hoy. Hoy es el día de perros... y supongo que tendré que vivir.

Arrastro mis pantuflos hasta la mesita donde descansa mi Nokia. Tres mensajes:

1\_ **Ey, Coss, ns vems mñna xD** (*Ayer a las 20:05*).

2\_ **Mñna n tu bbliotk** (*Ayer a las 23:18*).

### 3\_ Felicidades!!! T vems oy n la bbliotk a la ora dl ano pasado (Hoy a las 00:03).

Me preparo un café y degluto la píldora para el hígado. La RAE dice que hígado también significa «ánimo, valentía». Putos pedantes seniles...

Pienso en la biblioteca... Otro año igual. Juro que deseo morirme...

Podría faltar, pero harían como el año pasado; asaltarían mi casa en grupo, con sus sonrisas pueriles, y llamarían la atención de todos los vecinos. No quiero llamar la atención de mis vecinos, algunos no saben ni quién soy; y el anonimato es una ventaja táctica a tener en cuenta.

Termino el desayuno y deposito la taza sobre la pila de cacharros sucios.

Me pongo los pantalones. Salgo a la calle y abro el buzón.

«Feliz cumpleaños, campeón.»

Suspiro una sonrisa.

–Feliz cumpleaños, campeón.

Me giro y mi mirada la encuentra, tan joven como todos estos años. Inspiro profundamente por la nariz, como hacía mi padre para contraatacar sus lágrimas.

–No deberías estar aquí, nena.

–¿Puedo?

Entro en casa. Ella me sigue, como una sombra del pasado.

–Estás viejo, Coss.

–¿Dónde están esas pastillas?

–¿Quieres que me vaya?

–Sabes que me han prohibido estar contigo. Y a ti.

–¿Quieres que me vaya?

–No –caigo derrotado en el sofá.

–Siempre me hacías aparecer en tus historias...

Entonces ella me sonríe desde el umbral de la puerta. Su sonrisa...

–¿Qué te preocupa, Coss?

–Me siento viejo, nena. Demasiado viejo... hace años que no escribo... hace años que no se me levanta. ¡Eso no es normal!

Ríe. Río. Se sienta frente a mí y me explora con su mirada. Su mirada...

–¿Irás a la biblioteca?

–No sé. Tal vez huya y me esconda de ellos lejos de mi casa...

–Esos chicos te aprecian, Coss...

–Bah, son unos *frikis* subnormales. No tiene nada de bueno que me aprecien...

–¿Nada? Alguien te aprecia. Alguien se acuerda de ti, valora tu trabajo...

–Estoy viejo, nena. Y esos niños me matan.

–¿Qué tienen de malo?

–¡Por el amor de Dios, nena; ya lo sabes! El rubito, ese... Jonathan, illeva mi cara en sus camisetas!

–Bueno, ¿y qué?

–Joder, nena. Tengo más de sesenta, no soy Hannah Montana... Y luego está el gordo, este... Roberto: ¡Ha comprado hasta mis trabajos del colegio! ¿Te parece eso normal?

Trabajos que hice con menos de diez años... cosas sobre mamíferos y flores! Y luego ese David. Ese sí que me da miedo, con sus tics y sus cambios de humor...

–Le cambiaste la vida.

–Lo que yo escribí le cambió la vida... yo no hice nada.

–Sólo intenta agradecértelo...

–Podrían agradecérmelo todos dejándome en paz.

–Quieren ser tus amigos...

–Unos amigos quedan en un bar para un cumpleaños. O en un *striptease*. ¡O en un bar de *striptease*! No en una biblioteca, joder. Estoy agotado de que ellos hablen y griten y el resto del mundo nos chiste y me señale como si fuera el abuelo que no les enseñó modales.

–En esa biblioteca te diste a conocer, Coss. Sólo intentan devolverte la gloria pasada...

–Bah... ya estoy viejo para todo esto, nena...

Se levanta. Con su sonrisa. Con su mirada. Intenta besarme, pero acaba acercando su mano a mi cara para que imagine esa caricia. Y la siento tan dulce...

–Quiero estar contigo, nena. Vámonos.

–Tal vez en el próximo cumpleaños...

Me levanto, y al hacerlo se me caen cinco vidas. Me tomo la medicación. Esa medicación. Se va.

Palpo en el bolsillo, manoseo la carta. La guardo en un cajón... para el año que viene...

\*\*\*

Me tumbo en la cama a esperar. A partir de cierto momento, la vida es sólo eso; esperar.

Miro el techo, que tapa las nubes, que tapan las estrellas. Deslizo mi cabeza y la dejo caer por el borde de la cama. Quiero ver el mundo al revés, para que así todo cobre sentido. Es imposible. Sólo veo un psiquiátrico boca abajo donde yo soy el único ingresado que quiere voltear el mundo. En el pasado me creía capaz de eso... y de mucho más. Ahora me río de ese muchacho con pretensiones ingenuas.

La gente piensa que es triste perder la esperanza... es mentira. Simplemente es triste perder; y cada día que pasa todos perdemos algo.

Creo que estoy pensando demasiado. Enciendo la tele.

\*\*\*

La hora me tira del cuello de la camisa. No tengo ganas de hablar; ni de escuchar. No tengo ganas de seguir aguantando todo esto.

El reloj sigue sonando con sus *dings* y sus *dongs* de advertencia. Cada *ding* exclama:

«Llegas tarde»; mientras que cada *dong* susurra: «Jódete, viejo».

Pienso en ella; la echo de menos. Sé que ella piensa en mí; le echo huevos.

Me levanto.

Repaso mi vida ante el espejo de la entrada, ensayo una falsa sonrisa de alegría para cuando llegue, y beso la foto de ella. Salgo de casa y cierro con llave.

\*\*\*

–Otro año, ¿eh, Coss? –me pregunta Alfredo, el encargado de la biblioteca del pueblo.

–Otro.

–Están arriba, en la sección de novela erótica. Sentados alrededor de una mesa. No montéis mucho escándalo.

–Eso espero...

–Por cierto... Felicidades, Coss.

–Gracias.

\*\*\*

–¡Ey, ahí está nuestro hombre! –exclama Roberto.

–¡Felicidades, Coss! –gritan los tres, entusiasmados.

–Gracias, chicos; pero no hagáis tanto ruido.

–Bah –comenta David.

Me siento con ellos. Ya se me ha gastado la sonrisa que ensayé ante el espejo.

–¿Qué te ha pasado en la cara? –le pregunto a David, cuyo cuello está inflado como la papada de un sapo.

–Una avispa. Una putada. Duele que te cagas.

–Se te ha hinchado bastante...

–¡Ya lo sé, joder; no hace falta que me lo escupas a la cara!

–Tranquilo, David, no ha ido con malas intenciones.

–¡Ha sido el tonillo, tío! El tonillo...

–Lo siento si te he ofendido, David.

–Nah, no pasa nada. Yo te aprecio, tío. Me cambiaste la vida. De no ser por tu libro, *Los huevos del poder*, yo estaría tirado en un parque endrogándome como un cabrón.

Me abraza. Manda huevos...

–Coss, ¿a que no sabes lo que me encontré el otro día en eBay? ¡Los calzoncillos que llevaste en tu entrevista en la tele!

Esto es demasiado violento para mí... ¡y encima se los ha traído puestos!

–¿Me los firmas?

–Ah... Mira, lo siento, Rober... pero esos calzoncillos no fueron los que llevé.

–¿A no?

–No...

–Joder... ¿me los firmas de todas formas? –me ofrece un rotulador negro.

Se los firmo.

–¿Y tu novia, Jonathan?

–Me ha dejado por otro... y luego por otro, y a ese por otro... etc.

–Tranquilo, era una perra.

–Yo todavía la quiero...

–Las mujeres hacen mucho daño, créeme.

–Por cierto, Coss. Toma, tu regalo. Es lo último que he escrito.

Me tiende un libraco de mil y pico páginas DIN-A4.

–Me lo leeré. Ya te comentaré –farsa de viejo.

–¿Qué te pareció el del año pasado?

–Pues... tienes algunas erratas y algún fallo de estilo, pero está bien –improvisación de viejo.

–¿Crees que estoy preparado para publicar?

–Claro –putada de viejo.

–Chsssssssssssst –se lleva el dedo índice a los labios una señora desde una estantería cercana.

–¡Pero será puta, la vieja! –se agita David– ¡Ven aquí, zorra! Y haznos eso a la cara...

–Relájate, David.

–¡Que me relaje! ¡Como coja a esa guarra... Dios, te juro que...! ¡Sí, tú perra, a ti te lo digo!

–Cálmate, anda...

–Buffff.

La mujer desaparece entre pasillos. Entre libros. Entre líneas.

–Ey, Coss. Recítanos ese pasaje de tu libro *Réquiem por 7 letras en tinta*, el final del capítulo siete; cuando el asesino se está cagando. Cuéntanoslo, venga.

–No me acuerdo...

–Venga, Coss.

–Ya, pero es que no lo recuerdo...

–¡Pero si es mítico!

–Fue hace muchos años...

–Desde: «Ya no lo soporto más, a tomar por culo la misión y toda la pesca».

Termínalo.

–¡No me acuerdo!  
–«Otro disparo en la cabeza. Y encima el cabrón muere sonriendo. Mierda, qué mal huele».  
–Nada...  
–Vamos, sé que lo sabes.  
Me llevo las manos a la cabeza.  
–No –suelto en un suspiro– no lo sé.  
–«Y, joder... ¿dónde están los putos baños?» –prorrumpen todos, echándose luego a reír.  
La señora vuelve a llamarnos la atención. Entre los tres sujetamos a David para que no la mate a golpes. Yo ya no estoy para trotes...  
Nos sentamos de nuevo. Ellos comienzan a hablar de mi vida, de mis historias, de mí.  
Me conocen mejor que yo. Me siento un extraño de mí mismo. Eso no puede ser.  
–i...n esta semana me he leído todas tus obras!  
Estoy cansado de que hablen de ese sorprendente escritor que se llama igual que yo.  
Se acabó:  
–No, todas no –respondo.  
–Sí, hombre. Todas. ¡Lo sabré yo!  
–Todas no. Hay una al menos que seguro que no te has leído. Que no os habéis leído ninguno.  
–¿Cuál? –me cuestionan, retándome.  
–*Kazatwayiyi*.  
–¿Caza qué?  
–¿A que esa no os la habéis leído, cabrones? –brotan de mí cavernosas carcajadas.  
–Es un farol...  
–Para nada –me levanto.  
–¿Y dónde está? ¿Cuándo la publicaste?  
–Participó en un concurso.  
–Imposible, de haber ganado lo sabríamos. Lo sabríamos...  
–A lo mejor no ganó...  
Y ahí los dejo, sentados alrededor de esa mesa, boquiabiertos, rodeados de todas esas palabras eróticas y portadas voluptuosas. Mientras, su mito desaparece por las escaleras; sonriente, algo más joven y menos cuerdo en la locura, casi erecto y dispuesto a trotes.  
Casi...  
...*Kazatwayiyi*. No sé cómo no se me pudo ocurrir en tantos años...

# Ella y él

DE CRISTINA POLO VÁZQUEZ

## **Ella:**

Era curiosa. Le gustaba revestirse con ese aire de fragilidad elegante que tan inaccesible la hacía, y aún no he descubierto si era por mantener las distancias o por aparentar ser más interesante de lo que ya era. No se quería nada en absoluto, ni siquiera un poquito, aunque era capaz de enamorar locamente a cualquier despistado que se dejara caer por sus ojos. Vivía a contracorriente, llevando la contraria a razón y corazón. Era de las que subían para abajo y bajaban hacia arriba, y, aun así, jamás la vi perderse (al menos en la vida real). Tenía la estúpida manía de perder el tiempo apoyada en la ventana, con las manos sobre el radiador, soñando con la vida que tendría si fuera más valiente, más guapa, más alocada, más atrevida... más *otra persona* y menos *ella misma*. Solía decirme que sus nubes favoritas eran las que parecían recién salidas de la peluquería: peinadas por el viento y teñidas por el amanecer. Incluso se levantaba antes para dejarse la mirada atascada en los primeros rayos de sol. Y negociaba con sus pestañas cómo hacer que el día mejorara. En realidad creo que nunca llegué a conocerla, pero podría decirse que soy el que más sabe de ella. Era curiosa...

Era de esas que iba por la vida reclamando promesas cumplidas, porque le parecía demasiado triste aceptar que nadie cumple sus promesas. Pasaba las horas muertas en la biblioteca, leyendo mil historias que se moría por hacer realidad. Siempre me decía que ella quería ser auténtica, que intentaba evitar corromperse de todo aquello que odiaba. Pero se quedó en eso: un intento. Hacía daño a cualquier ser que se atreviera a acercarse a menos de dos metros de la piel de su

espalda, aunque la mayor parte de las veces era sin querer. Muchos nunca lograron entenderla pero, como deduje hace mucho tiempo, si has pasado con ella el tiempo suficiente como para darte cuenta de que no la entiendes, ella hace mucho tiempo que pasó página. Nunca le gustaron las relaciones largas, valoraba demasiado su independencia. Cuando estaba de buen humor decía que «una chica sin novio era como un pez sin bicicleta», y que ella nunca había aprendido a montar en bici. Oír la reír a carcajadas era como una descarga eléctrica en el alma, no podías sacudírtela de encima ni queriendo. Lo más curioso de todo es que ella nunca se dio cuenta del efecto que causaba a su alrededor, tenía una imagen tan distorsionada de sí misma que muchas veces ni se reconocía en los espejos.

Andaba despacio, intentando parecer ligera, pero a mí me temblaba el corazón con cada paso que la alejaba más de mí. Cuanto más frío hacía más necesitaba tenerla cerca, pero ella nunca se dejaba atrapar. Adoraba el frío, decía que conseguía que se sintiera viva, y no quería empañar esa sensación con ninguna presencia. Por eso me reservé el verano, porque su cuerpo siempre estaba a 8°C por debajo de lo que sugerían los hombres del tiempo, y se sentía más extraña que nunca. No se lo dije, pero yo le habría reservado cualquier época de mi vida con tal de que me dedicara uno solo de sus pensamientos. Nunca quise ser otro de esos imbéciles que darían su vida por ella, pero así era el trato: tú le dabas todo a cambio de la nada más disimulada que he visto nunca. Regalaba sus sonrisas, sus miradas, e incluso puso en oferta su cuerpo; pero nadie fue capaz de llegar a sus sueños. Presumía de ser difícil y un poquito estrecha, pero yo sabía que era más enamoradiza que las princesas Disney (sólo que le daba vergüenza admitirlo). El problema era que sus sentimientos duraban menos que una tormenta de verano (cosa que ella odiaba, por cierto), y olvidaba sus palabras con la misma facilidad con la que olvidaba sus conquistas. Pero, en uno de sus momentos de debilidad conmigo, la escuché susurrar entre sábanas algún «para siempre» entrecortado. Yo hacía como que no me enteraba, pero cada secreto que me revelaba anclaba un poco más mi alma a sus pasos.

Supongo que debería presentarme, aunque ya os imaginareis quién soy... sí, otro despistado que se dejó caer por sus ojos y se enamoró locamente de ella. Pero me gusta pensar que yo era especial, que fui el único capaz de calmarla durante el poco tiempo que estuvimos juntos. Sonará estúpido, pero ella era una de esas chicas de película. Sí, la típica protagonista de drama romántico. Y yo me moría por cualquier papel secundario que ella pudiera ofrecerme en la historia de su vida. Lo admito: la quería. Más de lo que nunca me atreví a confesar y mucho más de lo que ella imaginaba. Y tengo motivos para creerme especial: fui la única persona con la que compartió su vida. Brevemente, eso sí, pero lo hizo.

En realidad no guardo muchos recuerdos de mi relación con ella, su paso por mi vida fue como un torbellino invisible: lo descolocó todo sin que yo me diera ni cuenta. Pero cuando me pongo a pensar las primeras imágenes que me

vienen a la cabeza son de nuestros viajes. Cogíamos mi coche y nos íbamos a cualquier parte: la Costa Azul, Galicia, la Toscana, el sur de Francia... sus deseos de conocer el mundo no tenían límite, y mis ganas de acompañarla tampoco. Recuerdo la enorme cantidad de veces que paré el tiempo en mi cabeza, intentando congelarla allí a mi lado para siempre, para no perderla. Quieta, callada, escuchando música con la cabeza apoyada en la ventanilla, completamente perdida en su mundo. Creo que era el único sitio donde fue realmente feliz, en su cabeza. En la vida real siempre se sintió fuera de lugar, desubicada. No cuadraba, y lo sabía, era demasiado... demasiado ella. Y por eso a todos nos gustaba, porque era tan diferente a las demás...

Nuestra época buena duró poco, aunque nunca quiso enseñarme su lado oscuro. Para mí reservaba lo mejor, aquella fachada de perfección discreta que me volvía loco sin que me diera cuenta. Pero nadie es perfecto, ni mucho menos, y ella menos que nadie. Tenía un infierno personal que la consumía desde dentro, aunque hacía lo posible (y lo imposible) por disimular. Lo descubrí por casualidad, una noche que se quedó a dormir en mi casa. Yo estaba recogiendo los platos sucios de la cena, cuando se me ocurrió ofrecerle algo de postre. Iba pensando en qué tenía para darle, cuando unos ruidos raros detrás de la puerta del baño me hicieron parar en seco. Cuando abrió la puerta y me encontró allí delante aún no había tenido tiempo de secarse las lágrimas de los ojos. A mí sólo se me ocurrió abrazarla, y me pareció más frágil que nunca. Verla llorar rompió algo dentro de mí, en aquel momento me di cuenta de que la perfecta relación que yo estaba viendo no era para nada la suya. Y entonces comencé a abrir los ojos.

Empecé a mirarla de otra forma: ya no me quedaba cegado con el brillo de sus ojos, sino que era capaz de ver más allá del vacío de su mirada. Su sonrisa de anuncio perdió la habilidad de dejarme sin palabras, y acabé fijándome más en lo que callaba que en las pocas palabras que me dirigía. Fue el principio del fin. Si se dio cuenta, no me lo dejó ver. Siguió con su absurda existencia de perfección fingida dejándome entrever (cuando se descuidaba) alguna lágrima perdida. Yo, cuando era capaz de apreciar su debilidad, me desvivía por traerla de vuelta a nuestra vida juntos: a nuestros viajes espontáneos, a sus deseos de conocer el mundo, a sus manías especiales... pero al cabo de un tiempo me di cuenta de que hacía mucho que la había perdido. Se había dado por vencida, había rendido su vida a la decadencia. Siempre había luchado por dejar huella, por ser alguien, por lograr ser recordada... pero se había sometido a la tristeza que reinaba en su vida. Al principio intenté recuperarla, pero luego me limité a hacerle compañía mientras me dejara. Fui desenganchándome de ella casi sin darme cuenta, separé mis vértices de sus aristas y fui olvidando todos y cada uno de sus lunares. Me fui alejando de sus labios y finalmente deseché la idea de dormir respirando sobre su cuello. Dejamos pasar los días por inercia, y cada noche me despedía de ella con la sensación de que no volvería a verla. No iba mal encaminado, el último día que la vi me

regaló un beso en la boca y me dejó con un adiós en el corazón. A la mañana siguiente me enteré de la noticia, y a los pocos días me trajeron una nota que había dejado para mí. Por toda explicación ponía que «se había cansado de existir».

### Él:

Él era tan dulce... al principio yo vivía esperando que se hartara de mí y me abandonara, pero al final me di cuenta de que ni se le pasó por la cabeza separarse de mi lado. Me aguantó lo inaguantable, todo y más. Y yo le quería, ¿eh? No os vayáis a pensar que me dediqué a jugar con él ni nada por el estilo, no, yo le quise tanto como él a mí. Sólo que siempre se me dio muy mal demostrarlo.

Le conocí un día de invierno, y reconozco que no le hice mucho caso porque en ese momento con sentir el frío cortando mis mejillas tenía suficiente. Cuando me preguntó que qué hacía ahí parada en medio de la calle, a 8°C bajo cero, sólo se me ocurrió contestarle que estaba «sintiéndome viva». Debí de hacerle gracia, porque se paró a mi lado hasta que se le puso la nariz tan roja como sus mejillas cuando le miré fijamente.

Era guapo. Muy guapo. Uno de esos chicos a los que podrías mirar durante horas sin cansarte ni pestañear apenas. Y, curiosamente, él decidió mirarme a mí.

Siguió apareciendo en mi vida a intervalos regulares, unas veces se quedaba muy quieto a mi lado, y otras se dedicaba a observarme desde una distancia prudente. Incluso llegó a acompañarme a la biblioteca algunas tardes, y me observaba perderme entre letras mientras él se perdía en mí. En realidad supongo que intentaba comprenderme, pero con el tiempo se dio cuenta de que eso era mucho más difícil de lo que parecía. Y no es que yo fuera complicada, ni mucho menos, es sencillamente que no soy tan transparente como el resto de la humanidad. Siempre me ha gustado ese aire de misterio que envuelve a las protagonistas de mis películas favoritas, y desde hace unos años, decidí imitarlo. Por eso no basta con mirarme a los ojos para verme el alma, y es imposible adivinar si miento con observar mi lenguaje corporal. Llevo años trabajando esta fachada de inaccesibilidad elegante, y ya nadie es capaz de pillarme desprevenida.

Bueno, volvamos al tema. Cuando llegó el verano él se introdujo en mi vida de lleno. No sé si fue por el calor, por mi soledad, porque me cegó el brillo del sol en sus ojos o porque con tantos grados se me fundió el cerebro. La cuestión es que mis defensas se tambalearon y él aprovechó la coyuntura para colarse en mi desastrosa existencia. No se lo reprocho, él estaba convencido de que yo era genial, y reconozco que no hice nada para demostrarle lo contrario. Es más, para él reservé mi mejor cara: todas mis sonrisas de pintalabios rojo, mis miradas más sinceras, los despertares entre sábanas y algún que otro secreto escondido. Se lo merecía.

Al principio fue genial. Yo desataba mi locura y hacía peticiones absurdas, como ir a la Costa Azul un veintidós de diciembre, cuando predecían inundaciones y vientos huracanados. Y él, en vez de mandarme a la mierda, sonreía y me llevaba

al coche en brazos. Y no me decía nada cuando me abstraía en mi mundo, con la cara pegada a la ventanilla del coche y la cabeza a miles de kilómetros de él. En vez de intentar espabíllame, se dedicaba a poner mis canciones favoritas y a guardar silencio, respetando mi autismo voluntario. Yo se lo agradecía con algún beso entre cambios de marchas, y él parecía feliz con eso. Entonces me entraban más ganas de las que nunca he tenido de contárselo todo, de enseñarle mi realidad, de mostrarme tal cual soy. Pero nunca lo hice y, aún así, creo que es la persona que más cerca ha estado de llegar a conocerme.

Nos perdimos tanto en nuestra «perfecta» historia de amor que durante un tiempo me olvidé de mí misma, de quién era, y me metí de lleno en quién me hacía ser él. Pero el pasado no se olvida, se aprende a vivir con ello. Y hacerte la loca puede funcionar durante un tiempo, pero tu propia realidad te persigue y te sorprende cuando menos te lo esperas. Eso fue más o menos lo que me paso a mí. Hice como si no supiera nada, como si me hubiera reinventado a mí misma en una versión mejorada, pero mi infierno me pudo, y volví a caer...

Se lo oculté durante un tiempo prudente, no era muy difícil. Él siempre me había dejado mi espacio, así que sólo tuve que aprovecharlo. Pero fui consumiéndome poco a poco hasta que mi existencia comenzó a desvanecerse, y ya no quedaba suficiente *yo* como para mantenernos engañados tanto a mí como a él. Supongo que por eso tuve el descuido de no cerrar del todo la puerta del baño, y de no abrir el grifo para disimular los desagradables sonidos que salían de mi garganta. Ni siquiera fui lo suficientemente precavida como para retocarme el maquillaje antes de volver a su lado. Y cuando abrí la puerta y le vi allí delante me quedé paralizada. Su reacción fue tan evidente que yo misma sentí cómo su imagen de mí se despedazaba formando un montoncito a mis pies. Entonces se acercó a mí y me abrazó, de una forma tan suave que se me rompió el alma. Y me odié. Me odié como nunca me he odiado por hacerle sufrir, por no ser como él se merecía que fuera. Me odié tanto que no fui capaz ni de devolverle el abrazo. Y ese fue el principio del fin.

Dejó de mirarme como antes, parecía que buscara una explicación al fondo de mis ojos, y se daba la vuelta frustrado cuando no la encontraba. Mi mejor sonrisa de pintalabios rojo dejó de tranquilizarle, y comencé a echar de menos su risa. Nuestras palabras comenzaron a escasear, y le fui perdiendo poco a poco. El problema era que no tenía fuerzas para recuperarle. Él parecía resignado, pasaba horas y horas a mi lado mirándome con tristeza, y cada suspiro que salía de sus labios me hundía un poco más en mi amargura. Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que le quería más que a nada, que él había llegado donde nadie había podido, que era el único que se había hecho hueco en mi corazón. Pero ya era demasiado tarde, se me iba de las manos...

Fuimos dejando pasar los días por inercia, y en cada despedida tenía la sensación de que le perdía para siempre. Era insostenible, y ambos sabíamos que no aguantaríamos mucho más. Por primera vez en mi vida tomé una decisión; elegí ser

valiente dentro de mi enorme cobardía. Fui separándome poco a poco de él, lentamente, sin hacerle daño. Devolví su vida al aspecto que tenía cuando yo aún no la había puesto patas arriba, e intenté poner un poco de orden en sus sentimientos. El último día que le vi me despedí con un beso en los labios, aunque si hubiera tenido otra opción me habría quedado para siempre entre sus brazos. Al llegar a casa cogí mi cuaderno y me vacié en él. Además de una breve explicación, redacté todos mis sentimientos y una extensa disculpa para quién le interese leerla. Sabía que no serviría para nada, pero me veía obligada a hacerlo. Cuando terminé, arranqué la última hoja en blanco, garabateé siete palabras y al doblarla escribí «Para él». Minutos después abandoné el mundo, con la cabeza perdida entre sentimientos, explicaciones, disculpas y despedidas. Me temblaban las manos y el valor se escurría entre mis piernas cuando más falta me hacía, y, sin embargo, conseguí atrapar el último retazo de orgullo que me quedaba, a la vez que la última inhalación cruzó mis labios. Mi gastada existencia se rió en mi cara mientras caían mis párpados, pero en el último segundo el amor se impuso, y el último pensamiento que motivó mi último latido fue *para él*.

# La ropa que dejaste sin doblar

DE REBECA MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

**24 de enero**

*Han pasado ya siete días desde que te fuiste. Seis noches en vela sobre tu cama, imaginándote, observando tus cosas intactas y sintiéndome incapaz de deshacer la colcha para taparme, abrir un solo cajón o tocar cualquiera de las camisetas que has dejado sin doblar sobre el sillón. Hasta ahora he sido la única que se ha atrevido a entrar en tu cuarto. Papá intenta pasar el menos tiempo posible en casa y dice que no puede faltar al trabajo porque las facturas tienen que pagarse. La vida de mamá se ha reducido al espacio del sofá. Me llama cuando necesita alguna pastilla, ya sabes, para el dolor de cabeza, de espalda, la tensión baja o la pesadez del alma, que nunca la ha dejado vivir y últimamente menos. ¿Verdad que estás bien? Yo lo sé, pero me gustaría escucharlo de ti. Dímelo, anda.*

En verano aún no sabía lo que me depararía septiembre. A lo mejor encontraba un trabajo y con él la excusa perfecta para quedarme en la ciudad el resto de mi vida, que era lo que realmente quería hacer. Deseaba morir en el mismo sitio donde había nacido, como hicieron mis abuelos e incluso mis padres. Para ellos no haber cruzado jamás la frontera de su comunidad no supone motivo alguno de vergüenza y se sienten orgullosos de no tener que hacerlo en lo que les queda de vida. Para mí, en cambio, la seguridad intramuros se presentaba como algo improbable y hasta

inconfesable. Si quiero formar parte de la sociedad de la globalización y la comunicación en la que he nacido, tengo que hacerme con una extensa lista que dé cuenta de los idiomas aprendidos (cuanto más exóticos mejor) y que pruebe mi competencia intercultural. Para esto, hace falta algo más que ver películas y leer literatura en versión original. Ni siquiera los libros de gramática y diccionarios que arquean mis estanterías son suficientes y tenía que hacerme a la idea de que más temprano que tarde tendría que volar. Pasar por el trago de instalarse en lo desconocido y aprender una cultura ajena es para mí y todos mis coetáneos una característica congénita, algo con lo que nacemos y sobre lo que no tenemos elección. Si queremos competir con nuestros iguales no podemos anhelar la estabilidad de morir donde hemos nacido. Qué osadía.

Así que, cuando llegó septiembre y con él ninguna predicción de entrevista, no tuve más remedio que ceder a mi cruel destino y hacer las maletas. Una amiga del instituto llevaba viviendo en Suecia desde hacía un año y, aunque para ella el hecho de trasladarse allí resultó más fácil, dado que su madre era sueca y ella hablaba el idioma del país antes incluso que el español, me animó a que la acompañara. El plan era perfecto. Llegaría a Jönköping, una ciudad situada al sur del país escandinavo, a orillas del lago Vättern, el viernes 17 y comenzaría al lunes siguiente mis clases intensivas de sueco. Tenía que aprender rápido si quería conseguir algún empleo, ya fuera de camarera, *au pair* o relaciones públicas de cualquier pub. Hasta ese momento, el de la firma de un contrato, podría vivir en casa de mi amiga por el módico acuerdo de costearme mi comida y servirle a ella de compañía, algo de lo que andaba falta después de doce meses viviendo en aquel país.

No me costó mucho decidirme. Sabía que no tenía nada que hacer aquí y sabía también que mi ego se vería muy dañado si al cabo de los meses seguía encerrada en casa con el único objetivo de cambiarle el formato a mi curriculum, convencida de que fuese esa la razón por la que mis potenciales jefes no se decidían a llamarme. Así que, el viernes 17 de septiembre, después de pasar por el desconcierto y las lágrimas de familiares y allegados, cogí mi vuelo rumbo a Escandinavia.

## **26 de enero**

*Aún no he concretado la finalidad de estas cartas que te escribo. Supongo que la necesidad de desahogarme me arrastra cada día a la silla, con un bolígrafo en la mano y ninguna idea en la cabeza. En realidad, esto no se me ha ocurrido a mí, sino al psicólogo. Sí, un psicólogo. Nunca pensé que lo fuera a necesitar, aunque, como sabes, en casa nunca dijimos eso de que fueran sólo para locos. Mamá ha acudido a ellos desde siempre y le ha ido muy bien. Cuando le bajaban la dosis de la medicación aguantaba despierta más horas al día y a veces hasta sonreía. ¿Te acuerdas? Eran momentos muy especiales y cuando ocurrían, tú y yo nos mirábamos, cómplices, y sonreíamos también. Casi puedo verte ahora mismo.*

*En más de una ocasión te he dicho que necesitabas aparato en los dientes y que debías cuidar más lo que te echabas a la boca porque el aspecto, aunque no lo creamos, es muy importante, pero nunca te he dicho lo mucho que me gusta el hoyuelo de tu barbilla y las dos bolitas azul cielo que guardas en los ojos. Hasta la cicatriz que te cruza la mejilla izquierda me causa envidia. ¿Recuerdas cómo te la hiciste? Tenías algo más de un año y agarraste una santa pataleta porque querías meterte en la boca algo que te quitó mamá. Ibas montada en un tacatá y te fuiste corriendo dirección a la puerta hasta dar con el cristal, con un estruendo que nos movió las entrañas a los que lo escuchamos: mamá, yo y algún vecino que vino corriendo y se prestó a llevarte al hospital en su coche.*

A principios de octubre pude confirmar ya el frío del que me había advertido mi amiga. Por estas fechas cayó la primera nevada. El blanco colmó los tejados, las calles, los árboles y cualquier superficie plana al descubierto. A través de la ventana, la imagen era de lo más navideña, como de postal, pero pronto comprobé que no podía dar dos pasos sin sentir la nieve del suelo en la cara (problema que aumentaba en pocas horas, cuando ésta se convertía en hielo) y que los huesos se me helaban hasta el entumecimiento cuando salía a la calle. Anocheceía muy pronto, como a las cuatro y media de la tarde, y yo pasaba la mayor parte de mi tiempo en clase de sueco o en la biblioteca. En más de una ocasión me vi tentada de volver a casa. Yo, que desde los diecisiete años me consideraba una mujer independiente, trabajando de cualquier cosa durante los veranos y costeándome mis estudios y caprichos, quería volver desesperadamente a mi casa, a mi habitación, y que mi padre me frotara las plantas de los pies con las manos, como lo hacía cuando era pequeña.

## **27 de enero**

*Las amigas se lo cuentan todo. Cuando una amistad es verdadera no hay secretos de por medio. Desde el nombre del chico que te gusta hasta el ruido que hace la cama de tus padres cuando los escuchas haciendo el amor se convierten en cotidianidades compartidas. Tú y yo, en cambio, no hemos hablado mucho. Quizás sea por los años que te llevo, que apenas son cinco; o quizás tenga más que ver el hecho de haber cuidado de ti desde que soplaste las cuatros velas; de haberte despertado, vestido, dado el desayuno y acompañado al colegio cada mañana, hasta que pasé al instituto. Sí, esto me hizo crearme más madre que hermana y cambié las alabanzas por los consejos y los abrazos por las lecciones. Lo que me gustaría ahora es ser tu amiga.*

Llevo ya cuatro meses fuera de casa y tengo la sensación de que desde que estoy lejos hablo más con mi familia. El mismo mundo globalizado que me obliga a salir fuera a ganarme las habichuelas pone a mi alcance un sinfín de tecnologías que, si bien no hacen la vida más fácil a todos, son un prodigio de las comunicaciones.

Puedo pasar horas y horas hablando desde la otra punta del continente europeo sin que me cueste un euro o, mejor dicho, una corona sueca, que es la moneda de mi nuevo país. Así, he sabido que mi hermana pequeña se está sacando el carné de conducir y que ha aprobado el teórico. En apenas dos semanas se examinará del práctico y «eso no es todo –se apresura a decirme mi padre–, además ha empezado a trabajar los fines de semana y se costea honradamente sus gastos». «Es cierto que el segundo curso de bachiller se le está atravesando y que aún no sabe lo que quiere hacer después, pero qué le vamos a hacer hija, en esta vida tiene que haber abogados y periodistas, como tú, que siempre has sido muy lista, y también peluqueras y camareras», añade mi madre. Yo estoy muy de acuerdo con esto.

## **28 de enero**

*A veces no es necesario hablar de todo para conocer a alguien. No hizo falta, por ejemplo, que me confesaras tu condición sexual para que no me extrañara cuando te vi con aquella chica.*

*Los recuerdos se habían aletargado en mi memoria, cubiertos por una capa de polvo por haber querido olvidarlos, pero en ese momento, cuando te vi, lucharon por salir a la luz. Recordé las veces que te culpamos por no ser más femenina, por llegar chorreando de sudor después de haber pasado la tarde jugando al fútbol en el parque, al que te fuiste recién duchada. Si te echaba colonia por la mañana, te pasabas todo el camino al colegio haciendo arcadas y si te acicalaba con esmero, ya te las arreglabas para desaliñarte antes de salir. Incluso en alguna ocasión, siendo aún bastante pequeña, sucumbiste a los encantos de dos buenos pechos, los de la tía Santa en concreto, que te encontraba colgada de su escote en cuanto se quitaba la camiseta en la playa, muerta de calor. No es que yo crea en tópicos y considere que el fútbol es sólo para chicos y que las chicas tengan el deber de adoptar modales muy comedidos, pero siempre vi indicios en tus actitudes. ¿Por qué no te di la confianza necesaria para que me lo contaras antes? Cuando por fin me lo confesaste, no me importó que te besaras con chicas, pero lloré por imaginar los dieciocho años que llevabas guardándote el secreto.*

## **28 de enero (segunda vez que te escribo hoy)**

*El reloj marca ya las ocho de la mañana y hace dos horas que me he levantado. Digo levantado y no despertado porque, una noche más, no he podido pegar ojo. Esto se ha convertido en un hábito, ¿sabes? No distingo ya muy bien entre la noche y el día. Como cuando tengo hambre y duermo cuando tengo sueño. Y yo no soy la única que adolece de insomnio. A menudo escucho a mamá encender la tele del salón de madrugada y papá sale cada vez más temprano de casa. Una vez lo escuché irse a las cinco y media de la mañana. Puede que le hayan cambiado el turno y entre antes de las siete, como solía hacerlo, pero no estoy segura. Últimamente no se habla mucho dentro de estas cuatro paredes. Me pregunto si*

*tú viviste algo parecido cuando me fui yo a Suecia. ¡Qué tontería! Pues claro que no. Pensar que te envidio porque con tu marcha has causado más daño que yo, me hace sentir vergüenza. Me gustaría tanto escucharte decir que estás bien. Dímelo pronto, anda.*

Una vez leí en un artículo que las casualidades no existen. Que es el hecho de vivir en un mundo materialista y desencantado lo que hace que creamos en las coincidencias y la suerte. El autor del texto lo tenía claro, en nuestra vida recogemos lo que sembramos, no somos marionetas del azar. Reconozco que hallé en aquel artículo un punto de razón, pero a veces la realidad nos da razones suficientes para creer en las casualidades. Viajé un 17 de septiembre a Suecia y estoy volviendo a mi país un 17 de enero. A esto tengo que añadir que yo misma nací un 17 y que a mi padre le tocó un dinerillo en la lotería este mismo día de hace unos años. No es de extrañar que para mí este número tenga bastante de casualidad o, si no eso, por lo menos causalidad sí que tiene y las consecuencias que trae no son siempre gratas.

Ayer recibí una llamada de mi padre. No, no eran las nueve de la noche, hora a la que solía llamarme normalmente, y yo no estaba en casa, porque estaba en clase de sueco. Vi su nombre en la pantalla del móvil y supe que algo pasaba. Pedí disculpas al profesor y, con el color de la pared en el rostro y dos flanes por piernas, conseguí salir al pasillo. Me temblaban las manos y no recuerdo haber atinado a descolgar, pero lo hice. Nunca más entré en clase. Me sentía incapaz de encender o teclear un ordenador, así que llamé a mi amiga para que me comprara un billete de avión de vuelta a España. Pese a su insistencia, no supe explicarle el motivo exacto de mi repentino regreso, ya que yo misma lo desconocía. De la conversación con mi padre sólo saqué algunos datos que, unidos en la misma frase, formaban un relato desalentador. El nombre de mi hermana con algo de un accidente y con algo de un hospital.

Salía un vuelo en cuatro horas desde Göteborg. Desde Jönköping a esta ciudad me separaban sólo dos, así que por la noche ya estaba en casa, pero no en mi habitación, sino en la de mi hermana. Mi padre no me arropaba ni me frotaba las plantas de los pies con las manos como había imaginado días atrás. Sólo silencio, falta de aire y una ropa que dejaste sin doblar sobre el sillón.

## **29 de enero**

*Siempre creí que era cuestión de tiempo que tú y yo nos acercáramos. Más de una vez he cogido el teléfono para llamarte y en alguna ocasión lo hice, pero mi ostracismo nunca me dejó pasar del «cómo sigue todo por allí, tienes que colaborar en casa ahora que no estoy o debes estudiar más». Estaba convencida de que con el tiempo aprendería a decirte cosas que quería que supieras, como que estaba saliendo hacía más de un año con un chico que había respetado, como todas, la decisión de venirme a Suecia y que había accedido a esperarme por encima de todo.*

*Nunca antes había estado tan segura de no querer conocer a nadie más, porque es con él con quien puedo ser yo, con quien puedo pasear agarrada del brazo obviando todo mi alrededor. Es quien se despierta en medio de la noche y me dice que me quiere y que soy perfecta. Me gustaría saber si has sentido tú eso ya. Me quedan tantas cosas por contarte...*

*De momento no puedo decirte que la situación mejore por aquí. El psicólogo cree que es cuestión de tiempo, que la pérdida de un hijo es algo muy grande para lo que nunca se está preparado, porque la naturaleza nos tiene acostumbrados a otro orden vital. Se me olvidó preguntarle en qué orden vital se ubicaba la pérdida de un hermano pequeño, porque te prometo que, aunque la idea de la muerte me ha atormentado a lo largo de toda mi vida, nunca me imaginé que te podía perder a ti. De pequeña me desvelaba por la noche con el desconsuelo de que papá y mamá se irían algún día e iba a su habitación llorando para preguntarles si ese momento era inminente. Te confieso también que en las reuniones familiares me aterraba la idea de que la abuela no estuviera para la siguiente y tenía que hacer un esfuerzo, beber de la copa del optimismo y no aguar el momento. Sin embargo, nunca me planteé que tú no estuvieras. Se supone que si hemos compartido escenario antes incluso de nacer y también después, estaba decidido que compartiéramos todos los momentos importantes de nuestra vida. Con el tiempo yo aprendería a decirte que me gustan tus ojos y tu hoyuelo y hasta la cicatriz de tu mejilla. Te enumeraría cada uno de mis defectos para que supieras de una vez que tu hermana, al contrario de lo que te han hecho creer siempre, no es perfecta. Te diría que no estaba bien que los profesores que compartimos te compararan siempre conmigo y te recordaran las buenísimas notas que sacaba y el futuro prometedor que me esperaba, y te diría también que, aunque muchos dijeran que mi belleza era más esbelta, tu tenías mejores cualidades, como tu risa espontánea y tu capacidad para abrazarnos y decirnos abiertamente que nos querías. Yo nunca te lo dicho y tampoco te he dicho que hacerte la remolona en la cama, comer chucherías o besar a chicas no te hace peor persona. Lo único que espero ahora es que dieras todas esas cosas por sabidas porque el tiempo que yo esperaba, el que rompería las barreras y los silencios entre nosotras, ya no va a llegar.*

La muerte nos acompaña toda nuestra vida. Dicen los expertos que el ser humano es el único animal consciente de ella y, sin embargo, nunca estamos preparados cuando llega. Aparece sin más y nos arrebató todo lo que nos quedaba por decir y hacer. Nos hablan de la muerte y de lo duro que es perder a un familiar, pero no se nos dan muchos detalles. No nos dicen lo duro que es elegir entre la gama de ataúdes que nos muestran, el color y la calidad apropiada. Y tampoco lo difícil que es elegir una fotografía que identifique a nuestro ser querido sobre un trozo de mármol.

## **1 de febrero**

*Ayer fui por primera vez al cementerio y creo que, una vez más, he sido la única en hacerlo.*

*Iban a colocar tu lápida y me tocó a mí acompañar a los de la funeraria. Por fin pude llorar desde que te marchaste. Lloré por todas las cosas inadecuadas que te había dicho, pero, sobre todo, lloré por lo que ya no te iba a poder decir. El tiempo que iba a ser nuestro nos lo han arrebatado.*

## **ACTA DEL FALLO**

ACTA DEL FALLO DEL JURADO DEL I CONCURSO  
DE RELATOS CORTOS "ENTRE LÍNEAS"

El jurado del I Concurso de relatos cortos "Entre líneas", compuesto por Emilio Blanco, Elena Carrillo, Macarena Gómez, Mercedes del Hoyo y Eduardo Menéndez, reunido el día 16 de enero de 2012 en Fuenlabrada, ha fallado como ganadores los siguientes relatos:

Primer premio: **KAZATWAYIYI.**

Segundo premio: **Ella y él**

Tercer premio: **La ropa que dejaste sin doblar**

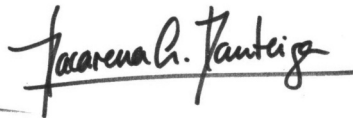
En Fuenlabrada, a 16 de enero de 2012.



Emilio Blanco



Elena Carrillo



Macarena Gómez



Mercedes del Hoyo



Eduardo Menéndez

Con la colaboración de:



Vinos D.O. Uclés

**omm**  **Campus Libros**  
Librería de la Universidad Rey Juan Carlos

OMM Campus libros

[premios.relatocorto@urjc.es](mailto:premios.relatocorto@urjc.es)



**Facultad de Ciencias de la Comunicación**

Departamento de Comunicación I

Departamento de Comunicación II

Departamento de Ciencias Sociales

